

La Restauración (1875-1923) en la historiografía del siglo XXI

La Restauration espagnole (1875-1923) dans l'historiographie du XXI^e siècle

Manuel Suárez Cortina



Edición electrónica

URL: <http://journals.openedition.org/bhce/416>

DOI: 10.4000/bhce.416

ISSN: 1968-3723

Editor

Presses Universitaires de Provence

Edición impresa

Fecha de publicación: 1 diciembre 2017

Paginación: 9-21

ISSN: 0987-4135

Referencia electrónica

Manuel Suárez Cortina, « La Restauración (1875-1923) en la historiografía del siglo XXI », *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne* [En línea], 52 | 2017, Publicado el 09 octubre 2018, consultado el 30 abril 2019. URL : <http://journals.openedition.org/bhce/416> ; DOI : 10.4000/bhce.416

La Restauración (1875-1923) en la historiografía del siglo XXI

Manuel SUÁREZ CORTINA

Universidad de Cantabria

Hace ahora unos veinte años tuve la oportunidad de escribir una primera aproximación a la historiografía sobre la Restauración¹. En aquella ocasión se repasaron las líneas maestras de la historiografía española sobre un período que entonces estaba de moda: el nacimiento del sistema y su constitución; su funcionamiento: elecciones y partidos políticos; las políticas de reforma liberal y conservadora: Ejército, codificación, reforma social...; cuestión religiosa; crisis de fin de siglo y cuestión nacional. Entonces pudimos advertir el proceso de mutación que estaba experimentando la historiografía española desde la transición política. Desde que el profesor Tuñón de Lara desarrollara a finales de los sesenta su lúcido libro sobre *Historia y realidad de poder* (1967), en el que caracterizaba la Restauración en el marco de las nuevas relaciones de poder, con la alianza entre las burguesías españolas, el Ejército y la Iglesia, hasta la publicación en 1992 de *Poder y sociedad en España*, esa historiografía española evolucionó desde los complejos años de la Transición hacia una modernización política, social y también conceptual que se percibe con total claridad desde el fin de siglo².

Si podemos buscar una caracterización del proceso social, político e historiográfico que ha caracterizado España desde entonces es el de *modernidad*. Una modernidad cultural y política que se ha dejado ver de forma clara en la propia evolución de la historiografía y que, a pesar del peso que tiene en nuestros días la profunda crisis que vive España, no deja de ser percibida como de la clara y definitiva normalización española en términos culturales e historiográficos. Esa normalización pasa por los síntomas de la internacionalización de los grupos de investigación, por la conceptualización y rigor en los análisis sociopolíticos y culturales, por la expansión de la historia comparada, y, sobre todo, por la acomodación –con distintos ritmos de intensidad– a una historia sociocultural que ha modificado profundamente estructuras, categorías, estilo y temas de investigación en la producción más reciente. Modernidad historiográfica, pero no menos nueva mirada sobre un período, la Restauración, que apunta también a ese propio marco de modernidad.

La Restauración se nos presenta como esa etapa central de la España contemporánea en la que la fuerza del orden social y económico capitalista se consolida tras la experiencia democrática del Sexenio, en la que el dominio burgués cohabita con tensiones modernizadoras que presionan al sistema tanto desde la orilla conservadora y liberal como desde la socialista y anarquista. Porque, en última instancia, liberalismo y conservadurismo –como culturas, no como partidos– conforman los dos polos centrales de ese tránsito a la modernidad que es la Restauración, pero no menos la aparición y caracterización de fuerzas antisistema. Desde finales de los ochenta se abrió una historiografía «revisionista» sobre la interpretación de la España contemporánea y, de forma particular, de cómo entender el *fin de siglo* español, ya desde una mirada renovada, crítica y abierta a los retos con que España se había enfrentado al novecientos: de la transición demográfica, de la consolidación de un capitalismo nacional, pero inserto en las redes internacionales, de la emergencia de una sociedad urbana, con una cultura crecientemente cosmopolita, en la que los intelectuales pugnaron por encontrar un hueco en el nuevo orden social y cultural, donde las mujeres y los trabajadores lucharon desde frentes afines por lograr visibilidad social y unas mejores condiciones de vida...

En la brevedad de estas páginas es necesaria una caracterización sintética de los marcos de renovación historiográfica y de los temas que más ha tratado esta nueva historiografía española en las dos últimas décadas. Dos ejes centrales recorren ese camino. De un lado, el proceso de

1 «La Restauración (1875-1900) y el fin del imperio colonial. Un balance historiográfico», en Manuel SUÁREZ CORTINA (ed.), *La Restauración, entre el liberalismo y la democracia*, Madrid, Alianza, 1997, p. 31-108. Borja DE RIQUER igualmente ha realizado una revisión crítica de la historiografía sobre la Restauración en «Consideraciones sobre la historiografía política de la Restauración», en J.L. DE LA GRANJA, A. REIG TAPIA y R. MIRALLES (eds.), *Tuñón de Lara y la historiografía española*, Madrid, Siglo XXI, 1999, p. 123-142.

2 Véase R. MIRALLES y J.L. DE LA GRANJA, «Poder y elites en la obra de Manuel Tuñón de Lara», *Historia Social*, n.º 20, 1994, p. 115-133.

cambio historiográfico, la acomodación a los nuevos registros de la historia cultural que de forma paulatina, no sin problemas, se va imponiendo entre nosotros; de otro, el peso nutrente de los centenarios, toda vez que desde el fin de siglo se han ido sucediendo efemérides que bajo el impulso editorial han permitido una «revisión» de procesos (crisis de fin de siglo, Semana Trágica, Guerra Mundial...), temas (modernización social y económica, secularización, elites y política...), y figuras históricas (Cánovas, Sagasta, Montero Ríos, Costa, Silvela, Sánchez Guerra...). Para un breve acercamiento a estos procesos consideraremos varios ámbitos: 1) Restauración y modernidad; 2) el peso nutrente de los centenarios; 3) el alcance de la biografía política. Líderes, partidos y corrientes doctrinales; 4) de los nacionalismos a los procesos de nacionalización; 5) del conflicto entre secularización y confesionalidad a la modernidad religiosa; 6) de la historia de género a las identidades sexuales. Masculinidades.

Como no puede ser de otro modo, este giro historiográfico, débil aún en muchos sentidos, ha sido el resultado no solo de la dinámica interna de la historiografía, sino de la propia situación cultural y política española, cuyos retos en los comienzos del siglo XXI se dejan sentir de un modo evidente en la manera en que la historiografía asume proyectos y trata los problemas del pasado a la luz de los retos del presente.

Restauración y modernidad

Si una idea ha presidido la investigación histórica sobre la Restauración en las dos últimas décadas, esa ha sido: *modernización*. Ello es debido a dos elementos que se han unido para fortalecer una nueva mirada sobre el sentido y alcance de los procesos sociopolíticos y económicos de la España de entre siglos. De un lado, la propia transformación de España desde los ochenta que con su desarrollo económico y modernización social pareció resolver el problema histórico de España, de su atraso y de los problemas de modernidad que presentaba. Ello generó una nueva mirada general sobre su historia que se reflejó en algunas obras medulares de finales del siglo XX: así los libros de Juan Pablo Fusi y Jordi Palafox³ sobre la modernización de España y de David Ringrose⁴ sobre el problema del fracaso o retraso de España. De hecho, esos dos textos se insertaron en una historiografía económica que desde mediados de los ochenta abogaba por renovar nuestra percepción de la historia de España. Del síndrome del *fracaso*, que había dominado la percepción de Jordi Nadal, se pasó al del *retraso* (Ringrose) y al de la *normalidad*, toda vez que la historia de España habría que ponerla en el marco de su posición geográfica, de su *meridionalidad*.

El resultado ha sido la emergencia de una nueva historiografía que, más acorde con los vientos de la realidad española y su entorno geográfico, nos fue mostrando que la España de la Restauración no era solo la de un sistema socioeconómico burgués –de perfil conservador y poco dinámico–, sino que se ubicaba perfectamente en los regímenes sociales y políticos de su tiempo: del desarrollo del capitalismo, del dominio social de las burguesías y de la realidad de un sistema representativo sin democracia. Una realidad no distinta de los países de la Europa del sur. En definitiva, normalidad y no anomalía, modernidad –singular, en todo caso– y no atraso, y, en definitiva, la oportunidad y necesidad de analizar ese período y proceso histórico desde una perspectiva *comparativa*, de forma especial con los países de su entorno, la Europa del sur. Este análisis, una vez más, con arranque desde la historia económica queda muy bien reflejado en el libro *El pozo de todos los males* (2001)⁵.

El «giro» modernizador y «meridional» de la investigación sobre la Restauración ha ido creciendo en los diversos campos de la historiografía. En primer término, se observa en las distintas monografías que abordan la Restauración en su conjunto, tanto en los libros de Ramón Villares y Javier Moreno, como los de Manuel Suárez Cortina y Ángeles Barrio, o el de Eduardo González Calleja sobre la dictadura de Primo de Rivera⁶. En cierto modo, esta perspectiva ya estaba presente en los volúmenes coordinados por Manuel Espadas sobre

3 Juan Pablo FUSI y Jordi PALAFOX, *España, 1808-1996. El desafío de la modernidad*, Madrid, Espasa, 1998.

4 David RINGROSE, *España, 1700-1900. El mito del fracaso*, Madrid, Alianza, 1996.

5 Véase JOSEP PUJOL, MANUEL GONZÁLEZ DE MOLINA, LOURENZO FERNÁNDEZ PRIETO, DOMINGO GALLEGO y RAMÓN GARRABOU, *El pozo de todos los males. Sobre el atraso en la agricultura española contemporánea*, Barcelona, Crítica, 2001. Una reflexión de ese cambio historiográfico nos la ofrece ANDRÉS HOYO en «Viejas y nuevas cuestiones. Un paseo por los modelos interpretativos del desarrollo económico español», en MANUEL SUÁREZ CORTINA (ed.), *Europa del Sur y América latina. Perspectivas historiográficas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2014, p. 341-367.

6 RAMÓN VILLARES y JAVIER MORENO LUZÓN, *La Restauración y la Dictadura*, vol. 7 de la *Historia de España*, Madrid, Marcial Pons/Crítica, 2009; MANUEL SUÁREZ CORTINA, *La España liberal (1868-1917). Política y sociedad*, Madrid, Síntesis, 2006; ÁNGELES BARRIO ALONSO, *La modernización de España (1917-1939). Política y sociedad*, Madrid, Síntesis, 2004; JORGE URÍA, *La España liberal (1868-1917). Cultura y vida cotidiana*, Madrid, Síntesis, 2005; EDUARDO GONZÁLEZ CALLEJA, *La España de Primo de Rivera. La modernización autoritaria*, Madrid, Alianza, 2005; CARLOS SERRANO y SERGE SALAÜN (eds.), *Los felices años veinte. España, crisis y modernidad*, Madrid, Marcial Pons, 2006.

la Restauración en la *Historia de España* de Espasa-Calpe (1996, 2000), dirigida por José María Jover⁷.

La dimensión comparativa que está bajo las distintas perspectivas (historia constitucional, de la economía, de los sistemas políticos, de la cultura...) ha facilitado la superación del síndrome del *regeneracionismo* que dominó los años de la Transición. Con todo, conviene señalar dos observaciones. En primer término esa nueva historiografía sobre el regeneracionismo que se desarrolló desde el fin de siglo contribuyó a superar el síndrome del fracaso y observar cómo España, a pesar de sus propias limitaciones, había discurrido históricamente al compás de sus países vecinos. Ello llevó inexcusablemente a la necesidad de contextualizar, a una incipiente comparación con su entorno geográfico que contribuyó de forma decisiva a ubicar nuestros problemas y limitaciones en el ámbito de su espacio específico: la Europa del sur. De ahí que más que hablar de oligarquía y caciquismo se impusiera la reflexión en torno al papel del clientelismo y de las elites⁸ en la dirección de los sistemas representativos y parlamentarios sin democracia. Para ello fue necesario superar el «síndrome» del regeneracionismo finisecular, con sus secuelas de la historiografía de la Transición, y apostar por una nueva vía interpretativa, ya en línea con las historiografías europea y americana de nuestros días. En este marco interpretativo, el *caciquismo* devino en una variable de los sistemas clientelares del sur de Europa, como el *trasformismo* italiano o el *rotativismo* portugués.

Vale la pena recorrer algunos temas y tratamientos sobre estos aspectos. En primer término, en el ámbito cultural los trabajos sobre el fin de siglo facilitaron una mejor comprensión de la recepción de las ideas europeas entre nosotros. Pedro Cerezo Galán⁹ se acercó a la tensión entre Ilustración y Romanticismo en el pensamiento de 1900, en tanto que Vicente Cacho Viu¹⁰ mostraba la competencia entre Madrid y Barcelona, entre modernidad catalana y cultura institucionista, por establecer nuevos horizontes de ciencia y cultura en la España finisecular¹¹. Una nueva mirada que encontramos sin duda en *Más se perdió en Cuba*¹², y que, desde la literatura, la ciencia y el pensamiento historiográfico, mostró que España se asociaba a los ciclos científicos de la Europa de su tiempo. Esa apertura a la *modernidad* fue impulsada desde investigaciones sobre el sistema político y su funcionamiento, sobre la recepción de las ideas del nuevo liberalismo o la apertura de España a los nuevos movimientos de masas y la emergencia de nuevos sujetos de la política –los intelectuales, el movimiento obrero, el feminismo...–, que rompieron con esa aparente –también en gran parte real– vuelta atrás con el triunfo de la Restauración en la persona de Alfonso XII. En cualquier caso, como ha mostrado Ángeles Lario, ni la Monarquía, ni la figura de Alfonso XII, fueron algo extemporáneo en su tiempo.

El sustento del sistema descansaba sobre la repulsión de la Primera República, sobre las ideas de orden dominantes en la Europa de los setenta y el sistema que Cánovas, junto con Alfonso XII, instauró en una sociedad sedienta de la idea de orden. Es el momento de las burguesías, que en la nueva historiografía se han reformulado bajo la expresión «elites», de la figura de Cánovas, la Constitución de 1876 y el papel moderador que tan bien han estudiado Joaquín Varela Suanzes-Carpegna¹³ –Constitución de 1876–, José Varela Ortega¹⁴ o Ángeles Lario¹⁵ –Monarquía de Alfonso XII. Más allá de reflexiones mediadas por viejas disputas doctrinales, ideológicas e historiográficas, la nueva historiografía ha asumido con investigaciones rigurosas el nuevo momento histórico de España: del dominio de las elites burguesas, del control social y político del clientelismo, de la necesidad de ver este período a la luz de la comparación con Italia y Portugal. La renovación historiográfica sobre la Restauración descansa, pues, en varios ejes: modernidad, renovación conceptual, rigor analítico, giro cultural y tendencia comparatista. En el análisis de los sistemas políticos y sociales de la Europa del sur es cada vez más común el estudio comparativo

7 Manuel ESPADAS BURGOS (dir.), *La época de la Restauración (1875-1902)*. Vol. I. Estado, política e Islas de Ultramar (1996), Vol. II. Civilización y cultura (2000), Madrid, Espasa-Calpe; Carlos DARDÉ, *La aceptación del adversario. Política y políticos en la Restauración, 1875-1900*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2003.

8 Rafael ZURITA y Renato CAMURRI (eds.), *Las elites en Italia y en España (1850-1922)*, Valencia, Universidad de Valencia, 2008.

9 Pedro CEREZO GALÁN, *El mal del siglo. El conflicto entre ilustración y romanticismo en la crisis finisecular del siglo XX*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2003. Véase también Guadalupe GÓMEZ-FERRER MORANT y Raquel SÁNCHEZ (eds.), *Modernizar España. Proyectos de reforma y apertura internacional (1898-1914)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007. Una síntesis en Sebastian BALFOUR, *El fin del imperio (1898-1923)*, Barcelona, Crítica, 1997.

10 Vicente CACHO VIU publicó varios trabajos en el fin de siglo que apuntan en esta dirección: *Repensar el 98*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997; *El nacionalismo catalán como factor de modernización*, Barcelona, Quaderns Crema, 1998; y *Los intelectuales y la política: perfil político de Ortega y Gasset*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000.

11 Véase el balance y reflexiones que María Dolores ELIZALDE PÉREZ-VIEJO ha hecho en «El 98 desde una perspectiva normalizadora. Reflexión historiográfica de un centenario», *Hispania*, LX/2, n.º 205, 2000, p. 707-736.

12 Juan Luis PAN-MONTOJO (dir.), *Más se perdió en Cuba. España, 1898 y la crisis de fin de siglo*, Madrid, Alianza, 1998.

13 Joaquín VARELA SUANZES-CARPEGNA, *La Constitución de 1876*, Madrid, Yustel, 2009.

14 Véanse el conjunto de trabajos recogidos en *El poder de la influencia. Geografía del caciquismo en España (1875-1923)*, Madrid, Marcial Pons/CEPC, 2001.

15 Ángeles LARIO, *El rey, piloto sin brújula. La Corona y el sistema político de la Restauración, 1875-1902*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999.

con Portugal e Italia, como se observa en los libros coordinados por Javier Moreno, Pedro Tavares de Almeida, Hipólito de la Torre, Silvana Casmirri o Manuel Suárez Cortina¹⁶.

En todo caso, el revisionismo también alcanza de una manera u otra a la Restauración. Hace ya una década Mercedes Cabrera y Fernando del Rey¹⁷ propusieron una nueva mirada sobre el período al establecer que, como tal, la Restauración en modo alguno podría ser interpretada a la luz del regeneracionismo costista, de la caracterización de «oligarquía y caciquismo». Ese planteamiento crítico se establecía sobre el rechazo a cualquier identificación de la Restauración con una clase social determinada; esto es, sobre la imposibilidad de establecer una relación directa entre intereses económicos y decisión política; de otro lado, Cabrera y Del Rey insistieron en que la Restauración era un régimen representativo, ciertamente, no democrático, que sirvió, sin embargo, para canalizar las demandas de la sociedad. Con todo, como ha resaltado Teresa Carnero¹⁸, el peso de los componentes retardatarios no permitió el desarrollo de una ciudadanía política plena. No es ajeno a todo ello el mismo comportamiento de la Corona, sobre todo en la figura de Alfonso XIII, cuyo intervencionismo político y tentación autoritaria no ha dejado de reflejar la historiografía reciente¹⁹.

El peso nutriente de los centenarios

Uno de los ingredientes que repetidamente incide en el calendario de la historiografía española es el de los centenarios. Un balance de estos últimos veinte años muestra cómo la celebración desde el fin de siglo de una riada de centenarios (1998, crisis colonial y derrota), muertes de Cánovas (1897), Castelar (1899), Pi y Margall (1901), Sagasta (1903), Salmerón (1908) o Joaquín Costa (1911), ha contribuido a un considerable impulso editorial, no siempre respondido con productos de calidad, ya que ha sido más la ocasión y facilidad de la edición que la existencia de un programa sostenido de investigación lo que ha caracterizado muchas publicaciones.

El rey de esta celebración lo fue sin duda el *regeneracionismo* de fin de siglo. La historiografía ha producido una amplia gama de productos que desde 1997 nos ha permitido «remozar» los conocimientos de esas dos décadas de la historia de España que se movió entre la regeneración, los nacionalismos (periféricos y/o españolista) y una profunda crisis de identidad nacional. No resulta posible incorporar aquí toda esa producción, pero el noventa y ocho, en su sentido más amplio, facilitó la edición de numerosas trabajos de investigación, donde el regeneracionismo se convirtió en la estrella mediática de la historiografía española. Cabría hacer una selección –siempre subjetiva– de esa amplia producción para concluir que en su conjunto aportó una mejor apreciación de los distintos registros que movieron la «crisis». En sus dimensiones políticas y culturales resulta palpable esa crisis, del mismo modo que en sus dimensiones económicas parece que el fin de siglo ha constituido un motor de dinamismo y de crecimiento económico, como han mostrado Jordi Palafox, Albert Carreras, Jordi Nadal, Carles Sudrià y otros. El cambio del paradigma del fracaso, de los años setenta, al del retraso, del fin de siglo, muestra una profunda recolocación en los métodos y planteamientos de la historia económica, bajo el principio de la historia cuantitativa y la perspectiva comparada ya citada²⁰.

En el ámbito político, el regeneracionismo ha constituido uno de los centros de atención en el análisis de la política de fin de siglo: de un lado a través de los ya clásicos estudios del costismo de Eloy Fernández Clemente, Cheyne, Ortí Benlloch, o Jacques Maurice y Carlos Serrano. El fin de siglo estimuló una nueva mirada del costismo y su papel en la regeneración social, política y económica de la España del novecientos. Al libro ya citado de Pan-Montojo hemos de incorporar esa amplia gama de libros, reuniones, catálogos de exposición que encuentran su

16 Hipólito DE LA TORRE, *El imperio del Rey. Alfonso XIII. Portugal y los ingleses, 1907-1916*, Mérida, Editorial Regional de Extremadura, 2002, y *Na encrucilhada da Grande Guerra, Portugal-Espanha, 1913-1919*, Lisboa, Estampa, 1998; Javier MORENO LUZÓN y Pedro TAVARES DE ALMEIDA (eds.), *De las urnas al hemiciclo. Elecciones y parlamentarismo en la Península Ibérica (1875-1926)*, Madrid, Marcial Pons/Fundación Práxedes Mateo Sagasta, 2015; Mariano ESTEBAN DE VEGA y Antonio MORALES MOYA (eds.), *Los fines de siglo en España y Portugal*, Jaén, 1999; Silvana CASMIRRI, *In torno al 98. Italia e Spagna nella crisi di fine secolo*, Milán, Franco Angeli, 2001; Manuel SUÁREZ CORTINA, (ed.), *La crisis del Estado liberal en la Europa del sur*, Santander, Sociedad Menéndez Pelayo, 2000.

17 Mercedes CABRERA y Fernando DEL REY REGUILLO, «De la oligarquía y el caciquismo a la política de intereses. Por una relectura de la Restauración», en Manuel SUÁREZ CORTINA (ed.), *Las máscaras de la libertad. El liberalismo español, 1808-1950*, Madrid, Marcial Pons/Fundación Sagasta, 2003, p. 289-326.

18 Teresa CARNERO, «Elites gobernantes y democratización inacabada (1890-1923)», *Historia Contemporánea*, n.º 23, 2001, p. 483-508, y «Ciudadanía política y democratización. Un paso adelante, dos pasos atrás», en Manuel PÉREZ LEDESMA (coord.), *De súbditos a ciudadanos: una historia de la ciudadanía en España*, Madrid, CEPCE, 2007, p. 223-250.

19 Javier MORENO LUZÓN (ed.), *Alfonso XIII. Un político en el trono*, Madrid, Marcial Pons, 2003; Morgan C. HALL, *Alfonso XIII y el ocaso de la monarquía liberal (1902-1923)*, Madrid, Alianza, 2005.

20 Véase Andrés HOYO, *op. cit.*, p. 347 y ss.

mejor exponente en *Regeneración y reforma. España a comienzos del siglo XX* (2002)²¹, donde los aspectos políticos, sociales, económicos y culturales vertebran un esfuerzo por mostrar una imagen de España más acorde con el resto de países de su tiempo. No es ya tiempo de flagelación, sino de una mirada más positiva, acorde con los tiempos de optimismo nacional que siguió al año 2000. El regeneracionismo, pues, fue revisitado de una forma sostenida a lo largo de casi una década²² y Costa devino en el «héroe» singular de un proyecto nacional que se presentaba teñido de esperanzas y no menos de formulaciones populistas²³.

Los nutrientes de los centenarios se dejaron sentir con fuerza, sobre todo, en el caso de Sagasta²⁴, quien ya desde Madrid o desde Logroño encontró un hueco preferente en la conmemoración de su figura y legado político. Frente al doctrinario Cánovas, Sagasta se nos reproduce como un hombre puramente político, capaz de acomodarse a situaciones diversas y transigir con principios inicialmente ajenos a su ideario. Menos incidencia tuvo la mirada sobre la política exterior del momento, aunque podemos encontrar seminarios en torno a la Conferencia de Algeciras y el papel de España en la *Entente cordiale* con Francia e Inglaterra²⁵. Singularmente, el análisis de la política interior discurrió en ocasiones al margen de los centenarios. Maura y el Gobierno largo, uno de los periodos de más interés en la reformulación de la política española de entre siglos, no tuvo miradas específicas. En realidad, su análisis ya había sido previo, como se observa en los estudios sobre Maura como hombre de Estado de María Jesús González Hernández²⁶, y de Teresa Carnero²⁷ sobre la reforma electoral de 1907. Junto a estas investigaciones académicas proliferaron otras que, sin dejar de ser rigurosas en su concepción y desarrollo, se insertan en el proceso de recuperación y rehabilitación de la tradición conservadora y liberal que desarrolla FAES. Es así para la figura de Maura y su Gobierno largo²⁸, para los casos de Cánovas del Castillo, Francisco Silvela o José Canalejas²⁹.

En todo caso, el estímulo para la recuperación historiográfica en tres quinquenios del siglo XXI ha provenido de ese estímulo desigual que han proporcionado los centenarios. La Semana Trágica, piedra nodal de la crisis del sistema, ha conocido una atención considerable. Los libros de Dolores Marín³⁰, Andreu Martín³¹, Antoni Dalmau³² y Antonio Moliner Prada³³, se han acercado a un conflicto cuyos registros –anticlericalismo, antimilitarismo, movilización popular, repercusiones sobre el sistema sindical, educativo y político...– han constituido un reto al sistema político y social de la Restauración. También el aniversario de la Primera Guerra Mundial ha estimulado el acercamiento a un periodo que no parece haber gozado de mucha estima en la historiografía española. Es así que nos encontramos con una revisión de la neutralidad española, de la confrontación entre aliadófilos y germanófilos, de la guerra de espías que vivió España..., un acercamiento a una realidad que se funde con aquella otra que nos ofrece una imagen de Alfonso XIII como impulsor de una labor asistencial. En este marco de renovación aparece como una necesidad un minucioso estudio de la crisis del verano de 1917, cuyo tratamiento se nos antoja insuficiente en la más reciente historiografía³⁴.

21 Mercedes CABRERA y Javier MORENO LUZÓN (dirs.), *Regeneración y reforma. España a comienzos del siglo XX*, Madrid-Bilbao, BBVA, 2002.

22 Véanse, entre otros, VV. AA., *Los 98 ibéricos y el mar*, Lisboa, 1998, 4 tomos; Julio ARÓSTEGUI y Juan Andrés BLANCO (eds.), *Castilla y el 98*, Zamora, UNED, 2000; Octavio RUIZ-MANJÓN CABEZA y Alicia LANGA (eds.), *Los significados del 98. La sociedad española en la génesis del siglo XX*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2002; Vicente SALAVERT y Manuel SUÁREZ CORTINA (eds.), *El regeneracionismo en España. Política, educación, ciencia y sociedad*, Valencia, PUV, 2008.

23 Ignacio PEIRÓ (ed.), *Joaquín Costa. El fabricante de ideas*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2012; Pedro J. CHACÓN DELGADO, *Historia y nación. Costa y el regeneracionismo de fin de siglo*, Santander, EUC, 2013.

24 Carlos DARDÉ (coord.), *Sagasta y el liberalismo español*, Madrid, Fundación Argentaria, 2000; José Miguel DELGADO IDARRETA y José Luis OLLERO VALLÉS (eds.), *El liberalismo europeo en la época de Sagasta*, Madrid-Logroño, Biblioteca Nueva/Fundación Sagasta, 2009.

25 Juan A. GONZÁLEZ ALCANTUD y Eloy MARTÍN CORRALES (eds.), *La Conferencia de Algeciras en 1906: un banquete colonial*, Barcelona, Bellatera, 2007; VV. AA., *España y Marruecos en el centenario de la Conferencia de Algeciras*, Madrid, Dykinson, 2008. Véase también Javier TUSELL GÓMEZ y Rosa PARDO (eds.), *La política exterior de España en el siglo XX*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, p. 31-188.

26 María Jesús GONZÁLEZ HERNÁNDEZ, *El universo conservador de Antonio Maura. Biografía y proyecto de Estado*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997.

27 Teresa CARNERO, «Ciudadanía política y democratización. Un paso adelante y dos pasos atrás», *op. cit.*

28 Benigno PENDÁS (coord.), *Antonio Maura en el aniversario del Gobierno Largo*, Madrid, FAES, 2009.

29 Salvador FORNER, *José Canalejas. Un liberal reformista*, Madrid, FAES, 2014; Carlos DARDÉ, *Antonio Cánovas del Castillo y el liberalismo conservador*, Madrid, FAES, 2013.

30 *La Semana Trágica. Barcelona en llamas, la revuelta popular y la Escuela Moderna*, Barcelona, La Esfera de los Libros, 2009.

31 *Barcelona trágica*, Barcelona, Ediciones B, 2009.

32 *Siete días de furia. Barcelona y la Semana Trágica (julio de 1909)*, Barcelona, Destino, 2009.

33 *La semana trágica de Cataluña*, Barcelona, Nablá, 2009.

34 La situación de España durante los años 1914 a 1918 cuenta con la monografía de Francisco ROMERO SALVADÓ, *España, 1914-1918. Entre la guerra y la revolución*, Barcelona, Crítica, 2002; Fernando GARCÍA SANZ, *España en la Gran Guerra. Espías, diplomáticos y traficantes*, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 2014; Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA y Paul AUBERT, *Nidos de Espías. España, Francia y la Primera Guerra Mundial*, Madrid, Alianza, 2014.

Esperemos que la fecha de 1917 estimule un nuevo acercamiento a la crisis del verano y, sobre todo, logre desarrollar una línea de trabajo firme sobre el período 1918-1923 que adolece de una falta seria de investigaciones. Es cierto que se ha escrito sobre el problema de los nacionalismos tras la Guerra Mundial, sobre el papel de España en la Sociedad de Naciones, y Marruecos aparece y reaparece como un tema central en la crisis del sistema parlamentario. No obstante, ese período crucial que lleva a la dictadura de Primo de Rivera se presenta necesitado de un análisis minucioso de cómo los diversos actores –partidos, Ejército, grupos de presión, sindicatos o Corona– actuaron en unos años en que parecía tanto que se dinamizaba la vida política, como un reflujo conservador y autoritario del que no fue ajeno el jefe del Estado.

La aproximación a ese período de crisis y cambio en la dinámica política de la Restauración remite al desgaste del sistema³⁵, a los lentos procesos de dinamización de la opinión pública, a la emergencia de un movimiento obrero activo, pero, sobre todo, nos lleva al problema marroquí. Este se presenta como una realidad poliédrica, en la que la cuestión colonial, el papel del Ejército, los intereses de las burguesías españolas y la Corona actúan como vectores de una crisis que se «resuelve» con el golpe de Estado de Miguel Primo de Rivera. La cuestión marroquí pivota, pues, tanto sobre la política exterior de España como, sobre todo, en su dimensión interna. Desde la Campaña del Rif, que estudió Eduardo Gallego Ramos³⁶, la sociedad rifeña frente al Protectorado, estudiada por Mimoun Aziza³⁷, a la crisis de los años veinte, el tema marroquí pivotó una y otra vez sobre la vida política española. Pablo La Porte³⁸ ha resaltado cómo el problema de Marruecos contribuyó a aumentar la distancia entre el sistema político de una parte considerable de la sociedad española, acentuó la división interna en el Ejército y –cabe añadir– estimuló las ya perceptibles inclinaciones autoritarias del rey. Con todo, tal vez la línea que presenta más interés es aquella que lleva de la gestación en el interior del Ejército español de los africanistas, protagonistas de la crisis de Annual, a la intervención en la dictadura de Primo de Rivera y su ulterior protagonismo en la sublevación del 18 de Julio y la gestación del Ejército «nacional» de Franco. Sebastian Balfour³⁹ y Daniel Macías han indagado en este tejido social y cultural de un militarismo que identificó nacionalismo español con una especial manera de interpretar el papel del Ejército.

El alcance de la biografía política. Líderes, partidos y corrientes doctrinales

A diferencia de la cultura británica, donde ocupa un lugar relevante en la historiografía, en España no ha habido una tradición que hiciera del género biográfico el centro de interés. No obstante, hay que señalar que, ya por efecto de los centenarios, ya por el papel relevante que diversas figuras tuvieron en los proyectos de Estado, de nación y de las distintas doctrinas políticas, los políticos de la Restauración han conocido en los últimos años una posición emergente. Empezando por las dos figuras señeras del conservadurismo y del liberalismo dinásticos, Cánovas y Sagasta, y los líderes republicanos, del nacionalismo catalán, vasco o gallego, nuestros hombres ilustres han gozado de una buena salud historiográfica. Conviene resaltar que en ocasiones ese interés vino estimulado por el efecto nutriente de los centenarios, que permitió tanto biografiar a los líderes políticos y económicos, como ubicarlos en el escenario de las diversas doctrinas y proyectos políticos en competencia. Llama tanto la atención su presencia como la ausencia de unos estudios de partido sólidos. A menudo la biografía del líder político representó, a su vez, un acercamiento al partido o corriente doctrinal representada. Asistimos así a una convergencia entre figura política, partido y corriente ideológica. El acercamiento historiográfico ha tenido mucho de vindicación, pero se observa un creciente grado de profesionalización y una muy saludable independencia (ideológica) entre historiador y biografía política.

Es frecuente, no obstante, la instrumentalización política de determinados referentes por parte de partidos, sindicatos o fundaciones que en la restauración de su tradición y memoria histórica se han acercado a Cánovas, Sagasta, Pablo Iglesias o Ruiz Zorrilla. Tradicionalismo, conservadurismo liberal, liberalismo dinástico, republicanismos, socialismo y anarquismo han conocido múltiples monografías, pero no ha habido una historia de los partidos ni de las doctrinas políticas de una manera sostenida. No tenemos ni una historia del Partido Conservador, del Partido Liberal o del Partido Federal, por poner ejemplos directos.

35 Véase Ángeles Barrio ALONSO (ed.), monográfico de Ayer, *La crisis del régimen liberal en España (1917-1923)*, n.º 63, 2006/3.

36 *La campaña del Rif de 1909*, Málaga, Algazara, 2005.

37 *La sociedad rifeña frente al Protectorado español en Marruecos (1912-1956)*, Barcelona, Bellaterra, 2003.

38 Pablo LA PORTE, *La atracción del imán. El desastre de Annual y sus repercusiones en la política europea (1921-1923)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001.

39 *Abrazo mortal. De la guerra colonial a la guerra civil en España y Marruecos*, Barcelona, Península, 2002.

Conocemos, ya a través de los resultados electorales o de las redes clientelares, la vida política local de la España de la Restauración, pero falta un estudio del partido nacional, de corriente doctrinal. La tradición conservadora ha disfrutado de la atención de Pedro González Cuevas⁴⁰, Carlos Dardé, Luis Arranz⁴¹, Gonzalo Capellán de Miguel y Fidel Gómez Ochoa⁴², María Jesús González Hernández⁴³ y Miguel Martorell⁴⁴. Al tema del conservadurismo catalán y sus derivados «nacionalistas» haremos referencia más adelante. En cualquier caso, no podemos dejar de observar que la figura de Cambó y sus relaciones con Alfonso XIII en las tres primeras décadas del siglo XX conforman un marco central para ver cómo la figura del líder conservador representó un vínculo singular con las aspiraciones políticas del nacionalismo catalán, como ha mostrado Borja de Riquer⁴⁵.

El campo del liberalismo también ha conocido algunos tratamientos biográficos y de análisis político. Sin duda ha sido Sagasta quien más atención ha recibido. En los catálogos de las exposiciones con ocasión de su centenario, ya desde La Rioja o desde Madrid, se ha prestado atención a su recorrido político. La historiografía ha contrapuesto con frecuencia el carácter más teórico de Cánovas al pragmatismo político de Sagasta. Esa imagen deriva en parte del recorrido más complejo de la actividad política de Sagasta desde el Sexenio democrático, primero, a su inserción en el campo dinástico en la Restauración, más tarde. José Ramón Milán⁴⁶ y José Luis Ollero Vallés, para el período 1854-1868, han hecho un recorrido por la vida política de Sagasta, del mismo modo que Salvador Forner lo hizo con Canalejas o Carlos Ferrera⁴⁷ con Segismundo Moret. En ambos casos, el peso de su tradición «democrática» se vio neutralizada por su participación en el marco político del sistema. Es cierto que Moret coqueteó de forma sostenida con los republicanos institucionistas a los que deseaba atraer el régimen. Una posición fronteriza que contrastaba con la de Canalejas, que buscaba la renovación del régimen desde sus mismas instituciones, sin reforma constitucional y con un apoyo declarado a la Monarquía. Salvador Forner ha caracterizado esa posición de una forma solvente. Es el sino de un liberalismo democrático en las ideas, pero finalmente clientelar y caciquil, como han estudiado para el caso de Romanones, Montero Ríos y Melquíades Álvarez, Javier Moreno⁴⁸, Margarita Barral⁴⁹ y Fernando Suárez González⁵⁰, respectivamente.

No menos atención que los políticos del sistema han tenido los líderes del republicanismo y del tradicionalismo. La biografía política alcanzó en el terreno del republicanismo logros evidentes. En especial en el terreno del krausoinstitucionismo, donde Azcárate, Salmerón y Giner de los Ríos han recibido atención notable. En su conjunto los tres volúmenes que la ILE ha publicado sobre la Institución⁵¹ constituyen una aportación central para conocer los marcos conceptuales, las realizaciones sociales, políticas y culturales de un colectivo inclinado a la reforma general de España. Gonzalo Capellán de Miguel nos ha acercado al pensamiento político de Gumersindo de Azcárate⁵², Fernando Martínez a Nicolás Salmerón, Jorge Vilches a Castelar, y Pi y Margall, por su parte, ha conocido diversos acercamientos desde la historia y la ciencia política. El resultado, como se observa también a través de los estudios de Pere Gabriel, Ángel Duarte o Javier de Diego, entre otros, es una renovación completa de los estudios sobre cultura y política republicana. En primer término, a partir de un detallado conocimiento de los republicanismos catalán (Gabriel, Duarte, Izquierdo Ballester...), bilbaíno (Penche), jienense (Jaén), gijonés (Collantes), malagueño (Morales) o cántabro (Miguel González). Al mismo tiempo, esta historiografía reciente del republicanismo ha mostrado una creciente inclinación hacia el estudio de las culturas o subculturas políticas republicanas. A través de estos estudios se ha puesto de manifiesto que la Restauración constituyó un período político y un escenario social donde el cambio gradual fue permanente, tanto para las fuerzas del sistema como para

40 *Historia de las derechas españolas. De la Ilustración a nuestros días*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000.

41 *Francisco Silvela. Entre el liberalismo y el regeneracionismo*, Madrid, FAES, 2013.

42 Gonzalo CAPELLÁN DE MIGUEL y Fidel GÓMEZ OCHOA, *El Marqués de Orovisio y el conservadurismo liberal español del siglo XIX. Una biografía política*, Logroño, IER, 2003.

43 *Op. cit.*

44 *José Sánchez Guerra, un hombre de honor, 1859-1935*, Madrid, Marcial Pons, 2013.

45 *Alfonso XIII y Cambó. La monarquía y el catalanismo político*, Barcelona, RBA, 2013. La figura de Alfonso XIII y su posición política ha sido objeto de varios libros. Véase Javier MORENO LUZÓN (ed.), *Alfonso XIII. Un político en el trono*, *op. cit.*; Morgan C. HALL, *Alfonso XIII y el ocaso de la monarquía liberal, 1902-1923*, *op. cit.*

46 *Sagasta o el arte de hacer política*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001.

47 Carlos FERRERA, *La frontera democrática del liberalismo: Segismundo Moret*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2002.

48 *Romanones. Caciquismo y política liberal*, Madrid, Alianza, 1998.

49 *Montero Ríos. Compostela. Un feudo clientelar*, Santiago de Compostela, Ronsel, 2007.

50 Fernando SUÁREZ GONZÁLEZ, *Melquíades Álvarez. El drama del reformismo español*, Madrid, Marcial Pons/Fundación A. Martín Escudero, 2014.

51 VV. AA., *La Institución Libre de Enseñanza y Francisco Giner de los Ríos: Nuevas perspectivas*, Madrid, FGR, 2012, 3 vols.

52 *Gumersindo de Azcárate. Una biografía política*, Valladolid, JCL, 2005.

las de la oposición. El republicanismo se nos ofrece como una realidad bipolar, en la que se expresa tanto como una verdadera alternativa al régimen, como se deja caer en los mismos vicios del sistema: redes clientelares, personalismo, limitación de ideas y programas... Con todo, lo más relevante, en todo caso, es la nueva percepción del republicanismo como una cultura política de progreso, con divisiones internas y con imaginarios de nación, de orden social y económico plurales. El democratismo republicano adquirió tonos y modalidades en distintos lugares y apoyos sociales, como se refleja en las investigaciones de M. Suárez Cortina, R. Miguel González o J. de Diego.

Así se puede percibir también para el tradicionalismo. Articulado políticamente de una forma plural, ese campo del carlismo y sus derivados—tradicionalismo, integrismo...—mostró una amplia capacidad de acomodación a las exigencias de la política de masas. Hace ya casi dos décadas que Jordi Canal⁵³ mostró la acomodación del carlismo a las nuevas condiciones presentadas por el dominio del sistema capitalista, de la política representativa y de la movilización social. Tradicionalistas, incluso reaccionarios, los carlistas, sin embargo, utilizaron todos los recursos a su alcance y durante la Restauración mostraron una amplia capacidad de acomodación a los nuevos tiempos. Líderes tradicionalistas como Juan Vázquez de Mella⁵⁴ o Polo y Peyrolón⁵⁵ tuvieron un apoyo sostenido de sus bases sociales.

Restauración y cuestión nacional

Sobre el tema de los nacionalismos y la cuestión nacional se ocupa otro trabajo de este monográfico. Sin embargo, no podemos dejar de prestar atención a cómo ha evolucionado la historiografía española sobre la cuestión nacional en la Restauración desde el cambio de siglo⁵⁶. Si en las décadas finales del siglo pasado el tema de los nacionalismos periféricos constituyó un centro de atención, en las dos últimas décadas, aunque siguió produciéndose una considerable historiografía sobre los nacionalismos catalán, gallego y vasco, ha sido, sobre todo, el nacionalismo español el que ha constituido la principal «novedad» del campo historiográfico. Una inclinación al nacionalismo español en el que, al mismo tiempo se ha basculado hacia su dimensión cultural, hacia el problema de la identidad nacional y, sobre todo, a los procesos de nacionalización de la sociedad española. Se podría decir que en los últimos quince años se han cumplido dos metas. Un conocimiento detallado y riguroso de los nacionalismos periféricos durante la Restauración, y al mismo tiempo un interés creciente por ese otro proceso paralelo de afirmación nacional española que siguió, sobre todo, a la quiebra política, cultural y territorial que fue el 98. En uno y otro caso la historiografía ha basculado hacia un giro cultural que queda bien reflejado en el estudio que sobre el nacionalismo español publicó Álvarez Junco en el año 2001⁵⁷.

La atención a los nacionalismos periféricos ha constituido uno de los campos preferentes de una historiografía que ha escudriñado de forma casi sistemática todos los ámbitos de los nacionalismos vasco, catalán y gallego. En el caso vasco, los trabajos de Ludger Mees, Santiago de Pablo, José Luis de la Granja⁵⁸, Luis Castells y Coro Rubio, entre otros, han permitido un análisis detallado de la descomposición del carlismo y los orígenes del PNV a partir de documentación original, que muestra el recorrido de un proyecto nacional enfrentado al sistema restauracionista, pero a su vez muy distante de las experiencias de los nacionalismos gallego y catalán. En *El péndulo patriótico*⁵⁹, primero, en el análisis de los proyectos de autonomía vasca⁶⁰, más tarde, y, sobre todo, recientemente en el campo de la biografía política (Arana, Aguirre...) y el estudio de los símbolos nacionalistas, se percibe un ambiente de renovación desde los estudios del nacionalismo político hacia los ámbitos culturales. Este giro culturalista, que se percibe en la historiografía sobre el nacionalismo vasco, queda bien reflejado en el *Diccionario ilustrado de*

53 *El carlismo. Dos siglos de contrarrevolución en España*, Madrid, Alianza, 2000.

54 Juan Vázquez de Mella ha recibido atención tanto en su evolución política como el ideario. Véanse Juan Ramón DE ANDRÉS MARTÍN, *El cisma mellista. Historia de una ambición política*, Madrid, Actas, 2000; Francisco SEVILLA BENITO, *Sociedad y regionalismo en Vázquez de Mella (la sistematización doctrinal del carlismo)*, Madrid, Actas, 2009.

55 Javier URCELAY (coord.), *Memorias políticas de M. Polo y Peyrolón, (1870-1913)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2013.

56 La historiografía sobre los nacionalismos periféricos goza de una larga trayectoria. A modo de ejemplo véanse, entre otros, Justo BERAMENDI, «La historiografía de los nacionalismos en España», *Historia Contemporánea*, n.º 7, 1992, p. 135-154; José Luis DE LA GRANJA, «La nueva historiografía vasca», en *Tuñón de Lara y la historiografía española*, op. cit., p. 287-304.

57 José ÁLVAREZ JUNCO, *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2001.

58 José Luis DE LA GRANJA, *El siglo de Euskadi. El nacionalismo vasco en la España del siglo XX*, Madrid, Tecnos, 2003, y *El nacionalismo vasco. Claves de su historia*, Madrid, Anaya, 2009.

59 Santiago DE PABLO, Ludger MEES y José Antonio RODRÍGUEZ RANZ, *El péndulo patriótico. Historia del Partido Nacionalista Vasco*, Barcelona, Crítica, 1999-2001, 2 vols.

60 Véase Luis CASTELLS y Arturo CAJAL (eds.), *La autonomía vasca en la España contemporánea (1808-2008)*, Madrid, Marcial Pons, 2009.

símbolos del nacionalismo vasco, que coordinaron De Pablo, Granja, Mees y Casquete⁶¹, y en el monográfico de *Historia y Política*⁶² sobre el nacionalismo vasco.

El nacionalismo gallego ha conocido igualmente una considerable renovación bajo el impulso de autores como Ramón Máiz, Xosé Manoel Núñez Seixas, Xosé Ramón Rodríguez Lago y, sobre todo, Justo Beramendi. Del análisis detallado de los orígenes y formulaciones doctrinales del nacionalismo gallego dominantes en las décadas finales del siglo XX, la historiografía reciente ha centrado su atención en los ingredientes de la construcción de la identidad nacional gallega. Sistematización, conceptualización y reformulación desde la política hacia la identidad marcan el proceso que la historiografía del nacionalismo gallego ha desarrollado con intensidad estos últimos lustros. Justo Beramendi ha cubierto ese proceso en su monumental *De provincia a nación*⁶³. Ramón Máiz, por su parte, desde la historia y la ciencia política, se ha acercado al tema del nacionalismo gallego, a sus diversas formulaciones teóricas y a las posibilidades y retos del Estado en el marco de sociedades plurinacionales⁶⁴. Una reflexión que los citados historiadores han desarrollado conceptualizando el problema de la nación como artefacto histórico, de sus ingredientes constructivistas y de la dimensión cultural que como tal presentan los nacionalismos, tanto los periféricos como el español.

El caso catalán, por su parte, se presenta a la altura del año 2000 con una larga trayectoria historiográfica⁶⁵, donde las diversas formulaciones del nacionalismo catalán –partidos, doctrinas, imaginarios...– aparecen ya completamente diseccionadas. En las décadas de entre siglos la historiografía catalana se encuentra en un momento de reformulación, cuando Pere Anguera, entre otros, se orientó al estudio de los símbolos, mitos y representaciones del nacionalismo catalán⁶⁶. Borja de Riquer⁶⁷, por su parte, ha indagado en las relaciones de Cambó con el rey, mostrando el componente dual que siempre presentó el catalanismo político ante las instituciones del Estado. Afirmación nacional, cruce de identidades y conflicto están en la base de ese estudio de la construcción y trasvase entre estructuras políticas y administrativas, bases culturales y formulación activa de identidades nacionales y regionales en conflicto potencial⁶⁸.

Ciertamente, el basculamiento del estudio de los nacionalismos periféricos y el «síndrome» de la débil nacionalización hacia el análisis del nacionalismo español y los procesos de nacionalización constituye una de las novedades que se fortalecieron en la historiografía española en torno al año 2000. Ese giro historiográfico es debido en parte al propio debate de los noventa, en el que la supuesta débil nacionalización se presenta como base de la emergencia y fortaleza de los nacionalismos periféricos a que hizo referencia la polémica amistosa entre Borja de Riquer y Juan Pablo Fusi⁶⁹.

Ya por efecto de la maduración historiográfica sobre los nacionalismos periféricos, ya por el impulso del centenario del regeneracionismo noventayochista, lo cierto es que en los tres últimos lustros se ha percibido un importante impulso del estudio del nacionalismo español. No es que sea una novedad, pero parece evidente que se ha generado un desplazamiento de los nacionalismos periféricos al nacionalismo español y, de forma más clara, hacia el análisis de los procesos/instrumentos de nacionalización. A riesgo de simplificación podríamos señalar tres ingredientes en este proceso: basculamiento de los nacionalismos periféricos al español, inclinación al estudio de los procesos de nacionalización y, finalmente, giro suave pero perceptible hacia los campos de la historia cultural. Un análisis detallado de estas tres

61 Madrid, Tecnos, 2012; para el caso de Navarra véase el monográfico *Navarra en sus símbolos* de *Historia Contemporánea*, n.º 47, 2013.

62 Javier UGARTE (ed.), *El nacionalismo vasco. Mitos, conmemoraciones y lugares de la memoria*, *Historia y Política*, n.º 15, 2006, p. 7-22.

63 Justo BERAMENDI, *De provincia a nación. Historia do galeguismo político*, Vigo, Xerais, 2008.

64 Como ejemplo véase Ramón MÁIZ SUÁREZ, «España y el Estado español en el discurso político del nacionalismo gallego (1886-1993)», *Historia y Política*, n.º 4, 2000, p. 171-208.

65 Agustí COLOMINES, «La historia del catalanismo. Un balance historiográfico», *Historia Contemporánea*, n.º 23, 2001, p. 791-809.

66 Borja DE RIQUER, «Identidad, lengua y símbolos. La decisiva aportación de Pere Anguera al conocimiento del catalanismo del siglo XIX», *Aportes*, n.º 8, 2009, p. 381-397; Josep M. ROIG I ROSICH, «In Memoriam. Pere Anguera historiador», *Cercles*, n.º 13, 2010, p. 221-224.

67 Borja DE RIQUER, *Alfonso XIII y Cambó. La monarquía y el catalanismo político*, op. cit.

68 Borja DE RIQUER I PERMANYER, *Identitats contemporànies: Catalunya i España*, Lérida, Eumo, 2000; Ramón ARNABAT y Antoni GAVALDÀ (eds.), *Projectes nacionals, identitats i relacions Catalunya-Espanya. Homenatge al doctor Pere Anguera*, Catarrosa, Afers, 2012.

69 Borja DE RIQUER, «Sobre el lugar de los nacionalismos-regionalismos en la historia contemporánea española», y Juan Pablo FUSI, «Revisionismo crítico e historia nacional (a propósito de un artículo de Borja de Riquer)», *Historia Social*, n.º 7, 1990, p. 105-134. Una reflexión sobre el debate y el papel de la débil nacionalización en Ferran ARCHILÉS CARDONA, «Melancólico bucle. Narrativas de la nación fracasada e historiografía española contemporánea», en Ismael SAZ y Ferran ARCHILÉS (eds.), *Estudios sobre nacionalismo y nación en la España contemporánea*, Zaragoza, PUZ, 2011, p. 245-330.

«novedades» de la historiografía reciente desbordan con mucho los cometidos de estas líneas, pero conviene al menos recoger algunas de las aportaciones que desde el cambio de siglo se produjeron en este campo.

Los inicios de este «cambio» se encuentran, sin duda ya en los primeros noventa cuando autores como Pere Anguera⁷⁰ y Carlos Serrano⁷¹ estudiaron los ingredientes culturales subyacentes a la emergencia de los nacionalismos. A la altura del 2000 el reto cultural se ubicaba en el centro del estudio de los nacionalismos, tanto el español como aquellos periféricos que, surgidos políticamente en la Restauración, contribuyeron a reformular el sentido que se daba a España, como Estado y como nación. Buena expresión de ello es en primer término el volumen de Granja, Beramendi y Anguera *La España de los nacionalismos y las autonomías* (Síntesis, 2001), magnífica expresión de la conceptualización y caracterización que mostraba a comienzos del nuevo siglo el horizonte de cambio historiográfico en que nos movíamos.

Los resultados de ese cambio son bien perceptibles desde el año 2000. Carolyn Boyd⁷² en *España Patria* nos acercó a la relación entre política, historia e identidad nacional española, una senda de estudios culturales y nacionalismo que, en otro sentido, también desarrollaron desde perspectivas distintas Mar del Pozo Andrés⁷³, desde la historia de la educación, o Ignacio Peiró⁷⁴, en su estudio de la configuración de la historiografía nacional durante la Restauración. No se trata de indicar que esa fecha límite entre los dos siglos marque una ruptura entre dos momentos historiográficos, pero resulta indudable que en estas dos últimas décadas la historia cultural emergió con fuerza, dotándose de nuevos cometidos y poniendo a prueba planteamientos precedentes. Juan Pablo Fusi⁷⁵ en el mismo año 2000 publicó su acercamiento a la larga trayectoria de la conformación de una identidad nacional española, mostrando el recorrido que presentaba ese artefacto nacional y prenacional que era España desde la Monarquía hispánica, la nación ilustrada a la cristalización del Estado-nación tras el doceañismo. Lo singular de todo ello para nuestro análisis sobre la Restauración es que esa nación española, escindida entre sus formulaciones liberal y conservadora, adquirió desde 1900 una intensidad especial en el marco de la crisis de conciencia nacional que siguió al desastre.

Una conciencia que se vio confrontada con el proyecto nacionalista de gallegos, vascos y catalanes, y que estimuló no ya una «vía nacionalista del capitalismo español», sino también un proceso de nacionalización de la sociedad española que bajo la etiqueta de la regeneración nacional fue objeto de estudio sostenido. Ese proceso ha adquirido ahora, bajo el análisis de diversos procesos de nacionalización, un tratamiento historiográfico creciente. Se ha observado con detalle el papel de los nacionalismos y regionalismos en la construcción de la nación⁷⁶ (Núñez Seixas, Archilés, Quiroga, Fernández de Soto, Molina...). Se ha vuelto la mirada hacia las diversas formulaciones del nacionalismo español⁷⁷ (Morales Moya, Fusi, Blas Guerrero, Álvarez Junco...), y del análisis de los partidos e ideologías nacionalistas se ha basculado al estudio de los distintos procesos e instrumentos de nacionalización⁷⁸, bajo un influjo directo o indirecto de la historiografía europea del momento, en particular de la obra *La nacionalización de las masas* de G. Mosse. En definitiva, un basculamiento desde el estudio de las ideologías y los partidos al ámbito de la cultura y de los agentes e instrumentos de nacionalización al papel activo de agentes y receptores y a los diversos modos de interiorizar ese sentimiento de pertenencia que es,

70 Pere ANGUERA, *L'Onze de setembre. Història de la Diada (1886-1938)*, Barcelona, Abadía de Montserrat, 2008; *Les quatre barres. De bandera històrica a senyera nacional*, Barcelona, Dalmau, 2010; y *Los días de España*, Madrid, Marcial Pons, 2003.

71 Carlos SERRANO, *El nacimiento de Carmen. Símbolos, mitos y nación*, Madrid, Taurus, 1999.

72 Carolyn P. BOYD, *Historia Patria. Política, historia e identidad nacional (1875-1975)*, Barcelona, Pomares-Corredor, 2000.

73 María del Mar DEL POZO ANDRÉS, *Curriculum e identidad nacional: regeneracionismos, nacionalismos y escuela pública (1890-1939)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000.

74 Ignacio PEIRÓ MARTÍN, *Los guardianes de la Historia. La historiografía académica de la Restauración*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico»/CSIC/Excma. Diputación de Zaragoza, 2006, segunda edición revisada y aumentada.

75 Juan Pablo FUSI, *España. La evolución de la identidad nacional*, Madrid, Temas de Hoy, 2000.

76 Javier MORENO LUZÓN (ed.), *Construir España. Nacionalismo español y procesos de nacionalización*, Madrid, CEP, 2007; Xosé Manoel NÚÑEZ SEIXAS (ed.), *La construcción de la identidad regional en Europa y en España (siglos XIX-XX)*, *Ayer*, n.º 64, 2006/4.

77 El esfuerzo por rehabilitar el nacionalismo español está muy bien reflejado en Antonio MORALES MOYA, Juan Pablo FUSI AIZPURÚA y Andrés DE BLAS GUERRERO (dirs.), *Historia de la nación y del nacionalismo español*, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 2013.

78 Véase Mariano ESTEBAN DE VEGA y María Dolores DE LA CALLE VELASCO (eds.), *Procesos de nacionalización en la España contemporánea*, Salamanca, EUS, 2010; Alejandro QUIROGA y Ferran ARCHILÉS (eds.), *La nacionalización en España*, *Ayer*, n.º 90, 2013/2; Pere GABRIEL, Jordi POMÉS y J. Francisco FERNÁNDEZ GÓMEZ (eds.), *España Res Pública. Nacionalización española e identidades en conflicto (siglos XIX y XX)*, Granada, Comares, 2013; Javier MORENO LUZÓN (ed.), *Nacionalismo español: Las políticas de la memoria*, *Historia y Política*, n.º 12, 2004/2.

en definitiva, todo nacionalismo: identidad, subjetivismo, memoria, adscripción emocional, un terreno que se inserta de pleno en el campo de las culturas políticas, cuyo tratamiento ha sido objeto de atención en *La Restauración y la República, 1874-1936* (2015) bajo la coordinación de Carlos Forcadell y Manuel Suárez Cortina⁷⁹.

Del conflicto entre secularización y confesionalidad a la modernidad religiosa

La cuestión nacional durante la Restauración está también estrechamente vinculada con la cuestión religiosa. La identidad entre nación y catolicismo –o mejor entre diversas versiones de nación y, a su vez, distintas manifestaciones del catolicismo– ha constituido la base del nuevo horizonte que se vislumbra en la historiografía sobre el catolicismo, la Iglesia y la confrontación entre secularización y confesionalidad⁸⁰. La Restauración, con la recuperación eclesiástica y la emergencia del anticlericalismo deviene en un periodo central en el modo en que se plantea la cuestión religiosa y el papel de la Iglesia ante los retos de la modernidad. De las múltiples facetas que se esconden bajo el planteamiento de la «cuestión religiosa» –el del propio catolicismo como tal religión, la libertad religiosa, la historia de la Iglesia católica, la relación entre la Iglesia y el Estado o el papel de la religión en las sociedades modernas...–, el problema político emerge como el más importante. Con todo, ese marco de cuestión religiosa remite, al menos, a tres dimensiones. La primera afecta a la relación entre catolicismo y nación; la segunda, a la nueva mirada que se genera en torno a la confrontación entre confesionalidad y laicismo, con sus evidentes consecuencias políticas; y, finalmente, los estudios que han abordado diversas dimensiones de la presencia de la Iglesia en el ámbito social: catolicismo social, sistema educativo, etc.

Las relaciones entre catolicismo y nación han sido analizadas en las décadas recientes desde los planteamientos de la historia cultural y con el marco conceptual de una nueva mirada sobre el proceso secularizador. Álvarez Junco, Pellistrandi, Louzao y Suárez Cortina, entre otros, se han ocupado de la relación entre catolicismo y discursos de nación, mostrando tanto los logros como las limitaciones de un planteamiento que reconocía tanto el papel de la religión católica en la construcción nacional como, no menos, las dificultades que ese planteamiento generaba para el desarrollo pleno de una nación democrática⁸¹.

El problema planteado de las relaciones entre nación y catolicismo remite al que enfrenta modernidad, religión y confesionalidad y, en consecuencia, alcanza igualmente a los modos en que la historiografía reciente aborda el conflicto entre laicismo/secularización y religión⁸². Las décadas finales del pasado siglo vieron cómo la historiografía se centraba en la confrontación entre confesionalidad y secularización, bajo el impacto de las teorías de la secularización –Casanova, McLeod, Bruce, Martín...– y en el marco de una tradición católica de fuerte dominio de la confesionalidad y la intransigencia religiosa con la modernidad. William Callahan, Feliciano Montero, Julio de la Cueva, J.L. Ruiz Sánchez y otros han escrutado los factores que marcaron las etapas de entre siglos, las dificultades de la denominada «secularización conflictiva»⁸³, así como los nuevos marcos culturales y sociales en que se expandió la acción social de la Iglesia tras la publicación de la encíclica *Rerum Novarum*.

⁷⁹ Vol. III de la *Historia de las culturas políticas en España y América latina*, Madrid-Zaragoza, Marcial Pons/PUZ, 2015.

⁸⁰ Sobre la situación de la historiografía de la religión, de la historia de la Iglesia y la confrontación entre catolicismo y secularización pueden consultarse varios estados de la cuestión. Véanse José Manuel CUENCA TORIBIO, «La historiografía eclesiástica española contemporánea, 1976-2000», en *Estudios sobre el catolicismo contemporáneo*, Córdoba, Universidad de Córdoba, 2002, p. 13-58; Julio DE LA CUEVA MERINO, «El anticlericalismo en España. Un balance historiográfico», y Feliciano MONTERO, «El catolicismo social en España: Balance historiográfico», en Benoît PELLISTRANDI (ed.), *L'histoire religieuse en France et en Espagne*, Madrid, Casa de Velásquez, 2004, p. 353-370 y 389-409, respectivamente; Feliciano MONTERO, «La historia de la Iglesia y del catolicismo español en el siglo XX: apunte historiográfico», *Ayer*, n.º 51, 2003, p. 265-282.

⁸¹ José ÁLVAREZ JUNCO, *Mater dolorosa*, op. cit.; Benoît PELLISTRANDI, «Catolicismo e identidad nacional en la España del siglo XIX: un discurso histórico de Donoso Cortés a Menéndez Pelayo», en Paul AUBERT (coord.), *Religión y sociedad en España (siglos XIX-XX)*, Madrid, Casa de Velásquez, 2002, p. 91-120; Joseba LOUZAÑO, «Nación y catolicismo en la España contemporánea. Revisitando una interrelación histórica», *Ayer*, n.º 90, 2013/2, p. 65-89; Manuel SUÁREZ CORTINA, *Entre cirios y garrotes. Política y religión en la España contemporánea*, Cuenca-Santander, 2014, p. 73-124, y «Catolicismo y nación, 1875-1936», en *La Restauración y la República, 1874-1936*, op. cit., p. 27-54.

⁸² Véanse los trabajos de Solange HIBBS, «La crise moderniste en Europe et en Espagne», y de Benoît PELLISTRANDI, «Espagne, 1890-1910:...», en Danièle BUSSY GENEVOIS (ed.), *La laicización a debate. Interpretaciones, prácticas y resistencias*. (España, Italia, Francia, América latina). Siglos XIX-XXI, Zaragoza, 2011, p. 227-248 y 249-260, respectivamente.

⁸³ La línea de investigación desarrollada en los seminarios de la Universidad de Alcalá de Henares sobre la historia de la Iglesia y la religión en la España contemporánea, así como en los procesos de secularización, bajo la dirección de Feliciano MONTERO, constituye un avance sensible en el análisis de la cuestión religiosa, de sus derivaciones culturales y políticas. Véanse, entre otros, Julio DE LA CUEVA MERINO y Feliciano MONTERO (eds.), *La secularización conflictiva. España, 1898-1931*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2013; id. (eds.), *Izquierda obrera y religión en España, (1900-1939)*, Alcalá de Henares, UAH, 2014.

La historiografía de los últimos años se ha ocupado no solo de establecer las relaciones dinámicas entre laicismo y confesionalidad, en medir el alcance de la acción social de la Iglesia –ligas católicas, sindicatos católicos, escuela católica, peregrinaciones, fortalecimiento de devociones marianas...– a través de un movimiento católico que aspiraba a la recatolización de España. La respuesta del lado laicista fue, sin duda, la de la confrontación, como bien han estudiado De la Cueva, Montero, Suárez Cortina, Salomon... Las relaciones entre religión y política se han erigido, pues, en un centro de atención preferente en las décadas de entre siglos, facilitando, de otro lado, una nueva percepción de cómo interpretar las relaciones entre religión y modernidad. Frente al influjo dominante de la tesis de la secularización que caracteriza la década de los ochenta y los noventa, desde comienzos de siglo XXI se percibe una reformulación, una nueva manera de interpelar las relaciones entre modernidad, laicismo y religión. Los trabajos de Joseba Louzao⁸⁴ han respondido a este nuevo horizonte, donde a la anterior idea de confrontación estamos asistiendo a una mayor capacidad de convivencia entre modernidad y religión.

Es de interés observar la nueva modulación que ha desarrollado la más reciente historiografía sobre la cuestión religiosa en la España de la Restauración. No solo se ha ocupado de establecer los marcos de competición y conflicto entre secularización y confesionalidad, sino que ha penetrado en el marco de un nuevo horizonte de modernidad religiosa que algunos autores han observado en el campo de educación (M. Ostolaza⁸⁵) o del movimiento feminista (Blasco Herranz⁸⁶, Arce Pinedo⁸⁷...). La confrontación entre modelos de secularización, el papel que en ellos tiene la propia religión, sus relaciones con la política, la compatibilidad entre ciencia, modernidad y religión quedan bien expresados en los estudios sobre cultura católica de entreguerras, pero no menos en aquellas manifestaciones científicas y religiosas asociadas a la cultura institucionista, en las que las figuras de Giner de los Ríos, Azcárate o Luis de Zulueta (Gonzalo Capellán⁸⁸) pugnaron por un modelo de religiosidad distinto del sustentado por las autoridades eclesiásticas.

Una religiosidad que en el momento de la emergencia de la sociedad de masas se vio estimulada por el fortalecimiento de las devociones marianas y las manifestaciones públicas de la fe, que han estudiado Julio de la Cuerva, Carolyn P. Boyd y F.J. Ramón Solans. Los casos sobre Covadonga (Boyd) y la Virgen del Pilar (Solans⁸⁹) constituyen un buen ejemplo de esa pugna por expandir la fe y la recristianización de la sociedad a través de figuras, símbolos y emblemas religiosos, asociados a diversas tradiciones de religiosidad popular.

Un territorio, el de la religiosidad, de sus repercusiones sociales a través de la acción social de la Iglesia que apunta a una reforma social en la que cohabitaron/compitieron católicos sociales, institucionistas y liberales reformistas. Los trabajos de Feliciano Montero y Botti⁹⁰ para la relación entre religión y nación y acción social de la Iglesia, los de Ángeles Barrio⁹¹ para la historia de la negociación colectiva y de Miguel Ángel Cabrera⁹² para la reforma social en los años de la Restauración, dan cuenta de ese campo reformista que supera las confrontaciones entre catolicismo y laicismo, entre liberales y conservadores y entre republicanos y monárquicos. Los retos de la *modernidad* han sido abordados desde supuestos doctrinales muy distintos, pero que comparten la necesidad de reformas derivadas de la emergencia de la sociedad de masas y de un nuevo orden socioeconómico y laboral.

De la historia de género a las identidades sexuales. Masculinidades

En este marco, la incorporación de la mujer a la esfera pública, sus exigencias de reconocimiento cívico y de su papel como ciudadanas de pleno derecho, ha sido objeto de atención y de revalorización firme por parte de la historiografía más reciente. Desde que la historia de las mujeres

⁸⁴ Joseba LOUZA, *Soldados de la fe o amantes del progreso. Catolicismo y modernidad en Vizcaya (1890-1923)*, Logroño, G9 ediciones, 2011.

⁸⁵ Maitane OSTOLAZA, *Entre religión y modernidad: los colegios de las congregaciones religiosas en la construcción de la sociedad guipuzcoana contemporánea (1876-1931)*, Bilbao, UPV, 2000.

⁸⁶ Inmaculada BLASCO HERRANZ, *Paradojas de la ortodoxia. Política de masas y militancia católica femenina en España (1919-1939)*, Zaragoza, PUZ, 2003.

⁸⁷ Rebeca ARCE PINEDO, *Dios, Patria y Hogar. La construcción social de la mujer española por el catolicismo y las derechos en el primer tercio del siglo XX*, Santander, PUC, 2007.

⁸⁸ Gonzalo CAPELLÁN DE MIGUEL, *Gumersindo de Azcárate. Biografía intelectual*, Valladolid, JCL, 2005, y *La España armónica. El proyecto del krausismo para una sociedad en conflicto*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2006.

⁸⁹ Francisco Javier RAMÓN SOLANS, *La Virgen del Pilar dice... Usos políticos y nacionales de un culto mariano en la España contemporánea*, Zaragoza, PUZ, 2014.

⁹⁰ Feliciano MONTERO, Alfonso BOTTI y Alejandro QUIROGA (eds.), *Católicos y patriotas. Iglesia y nación en la Europa de entreguerras*, Madrid, Sílex, 2013.

⁹¹ Ángeles BARRIO, *Por la razón y el derecho. Historia de la negociación colectiva en la España contemporánea (1840-2012)*, Granada, Comares, 2014.

⁹² Miguel Ángel CABRERA, *El reformismo social en España (1875-1900). En torno a los orígenes del Estado del bienestar*, Valencia, PUV, 2014.

surgiera con fuerza desde la década de los setenta del pasado siglo, las concepciones de su lugar en el campo historiográfico, sus métodos, el objeto de estudio en sí mismo, su lugar en las relaciones de poder (social, científico, historiográfico...) han conocido no pocas transformaciones. En los años del cambio de siglo, el género ya aparecía consolidado como un campo de estudio solvente, con amplios grupos de investigación que respondieron, a su vez, a las diversas concepciones y tendencias en el interior del propio movimiento feminista. En el amplio mosaico de posiciones podemos reconocer, al menos, dos corrientes. Una primera, asociada al giro cultural y lingüístico, que hace hincapié en el papel que la mujer tiene en los diversos contextos discursivos y que encuentra en J. Scott su principal referente; y una segunda, que utiliza el género como una dimensión social, asociada a otras dimensiones de dominación como clase, etnia o edad, esto es, una experiencia de dominación más entre otras muchas⁹³. Décadas de experiencia de historia de las mujeres, como muestra *Arenal*⁹⁴, dan cuenta de una clara evolución e innegables logros de la historia de género.

Transversal a épocas y temas, la historia de las mujeres prestó atención sostenida a la Restauración, en la que se encuentran registros de especial interés: en historia de la educación, en las diversas manifestaciones de acción colectiva⁹⁵, en las relaciones entre ciencia y género⁹⁶, en la construcción de arquetipos de masculinidad y feminidad⁹⁷, en el desarrollo de múltiples heterodoxias, donde anarquismo y feminismo se presentan como retos al modelo ortodoxo de la ciencia⁹⁸...; en definitiva, en el amplio marco de referencias en que se desenvuelve el mundo social, científico y cultural de la España de entre siglos.

Ese giro hacia la cultura, hacia el campo de las identidades ha visto resultados especialmente significativos en las décadas recientes. No solo es ya la relación entre política, republicanismo y género, que movió desde finales de los noventa a Dolores Ramos, Susana Tavera, Luz Sanfeliu⁹⁹ o Gloria Espigado, entre otras, sino en una reformulación completa de las relaciones entre género y poder que se expresa muy bien en los estudios de las culturas políticas e identidades de género¹⁰⁰, en el ámbito de las nuevas formulaciones sobre arquetipos y prácticas. Nerea Aresti¹⁰¹ nos ha acercado al estudio de las transformaciones de la masculinidad en el primer tercio del siglo XX y, recientemente, Mary Nash, por su parte, ha llevado a cabo una relectura de las claves culturales de género poniendo al descubierto algunos procedimientos culturales que definen y redefinen los roles de hombres y mujeres en imaginario colectivo y en la sociedad.¹⁰²

Resulta evidente que el tratamiento sintético que se ha desarrollado aquí deja múltiples flecos y que la atención a cada uno de los campos señalados es claramente insuficiente. Con todo, parece claro que el terreno de la *modernidad*, la *meridionalidad* de España, el deslizamiento hacia el campo de la *cultura política* y la *renovación* de la historiografía española es un hecho incuestionable. La Restauración, como período histórico y como ámbito temático, no ha quedado fuera de ese nuevo horizonte en el que se mueve la historiografía de las últimas décadas.

93 Véase Lola G. LUNA, «Balance sobre los estudios de las mujeres: perspectivas de futuro», en M.^aA. GUERRERO-VILLALBA y M.^aJ. NESTARES PLEGUEZUELO (eds.), *Sobre mujeres: economía, historia y sociología*, Almería, Universidad de Almería, 2002, p. 224.

94 Véase el balance de C. MARTÍNEZ LÓPEZ, «*Arenal*, 20 años de historia de las mujeres», *Arenal*, vol. 20, n.º 1, 2013, p. 5-40; también Ana AGUADO, «Historia de las mujeres y del género», en Teresa M.^a ORTEGA LÓPEZ, *Por una historia global. El debate historiográfico en los últimos tiempos*, Granada-Zaragoza, UG/PUZ, 2007, p. 111-134; M.^a Dolores RAMOS, «Enfoques, debates y fuentes para reconstruir la Historia de las mujeres», *Gerónimo de Uztariz*, n.º 21, 2005, p. 25-38; «¿Clio en la encrucijada? A propósito de la historia de las mujeres (1990-2000)», *Arenal*, vol. 10, n.º 1, 2003, p. 81-113.

95 Marta DEL MORAL VARGAS, *Acción colectiva femenina en Madrid (1909-1931)*, Santiago de Compostela, USC, 2012.

96 Véase, entre otros, Eulalia PÉREZ SEDENO, «Retóricas género/sexo», en Eulalia PÉREZ SEDENO y Paloma ALCALÁ CORTIJO (coords.), *Ciencia y género*, Madrid, UC, 2001, p. 417-432; Nerea ARESTI ESTEBAN, «Pensamiento científico y género en el primer tercio del siglo XX», *Vasconia*, n.º 25, 1998, p. 53-72.

97 Mary NASH (ed.), *Feminidades y masculinidades. Arquetipos y prácticas de género*, Madrid, Alianza, 2014.

98 Richard CLEMISON, *Anarquismo y sexualidad. (España, 1900-1939)*, Cádiz, UCA, 2008; Raquel ÁLVAREZ PELÁEZ, «Publicaciones sobre sexualidad en el primer tercio del siglo XX: entre la medicina y la pornografía», *Hispania*, n.º 218, 2004, p. 947-960; Ricardo CAMPOS MARÍN, *Alcoholismo, medicina y sociedad en España (1876-1923)*, Madrid, CSIC, 1997.

99 Luz SANFELIU, *Republicanas. Identidades de género en el blasquismo (1895-1910)*, Valencia, PUV, 2005.

100 Ana AGUADO y Teresa M.^a ORTEGA (eds.), *Feminismos y antifeminismos. Culturas políticas e identidades de género en la España del siglo XX*, Valencia, PUV, 2011.

101 Nerea ARESTI, *Masculinidades en tela de juicio. Hombres y género en el primer tercio del siglo XX*, Madrid, Cátedra, 2010.

102 Mary NASH (ed.), *Feminidades y masculinidades*, op. cit., p. 18.